

OSCURAS REALIDADES

CUANDO LO INEXPLICABLE SE ANTEPONE
A LA REALIDAD, TODO RESULTA ATERRADOR.
EL MALIGNO SIEMPRE ACECHA



JOSÉ HERRERA ARCOS

OSCURAS REALIDADES

Cuando lo inexplicable se antepone a la realidad, todo resulta aterrador.

El Maligno siempre acecha.

JOSÉ HERRERA ARCOS

OSCURAS REALIDADES

José Herrera Arcos
Primera edición agosto de 2019

Copyright © 2019 Del texto; José Herrera Arcos.
Copyright © Diseño de cubierta; Roomstudiodesign..
Copyright © Fotografía de autor; Manuel Párraga.

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

1

Cuando la policía lo encontró, su rostro permanecía perplejo, y su cuerpo, acucillado y pegado a la pared, parecía querer traspasarla por la fuerza que seguía ejerciendo sobre ella.

Las manos ensangrentadas y dispuestas hacia delante, sobre las rodillas, no mantenían la misma tensión que el resto del cuerpo, percibiéndose una desmembración intencionada o simplemente inconsciente, que no concordaba con los ojos desorbitados, la mandíbula desencajada, y los músculos en tensión que lo mantenían inmóvil.

Su indumentaria, propia de un invierno lluvioso, continuaba siendo la misma de la noche anterior; cazadora roja, jersey negro de cuello alto y pantalón de pana, de cuyo bolsillo salía un rosario de cuentas negras.

El pelo, lacio y oscuro, hacía que las primeras canas de sus sienes resaltasen aún más. A sus cuarenta y siete años, las arrugas no marcaban su rostro, aunque en sus ojos, apareciesen unas abultadas bolsas, sin duda, signo del cansancio.

La primera intención del aturdido agente quedó frustrada cuando su compañero lo cogió del brazo y le indicó, con un gesto incrédulo, la pared que quedaba a sus espaldas.

Sus miradas se cruzaron, para luego dirigirse al petrificado personaje que no apartaba la vista del infinito.

2

La pequeña vivienda adosada, situada en la parte alta de la ciudad, no gozaba de ningún tipo de lujos; su portada, nada suntuosa, aparecía desconchada en su parte alta y el cemento de los bajos descubría una humedad permanente que la definía como la más abandonada del barrio. La puerta, en madera de pino, reflejaba el descuido y la poca dedicación, al igual que el pequeño jardín delantero, donde un rosal descuidado pugnaba con los jazmines en tamaño y altura. Remataban su dejadez, las uñas de gato que crecían sobre los tejaditos y que cubrían las ventanas y la propia techumbre.

Esta situación no agradaba precisamente a sus pulcros vecinos, cuyas casas habían sido remodeladas en pocos años.

El barrio había cambiado paulatinamente; las viviendas, diseñadas para aparentar estar en un paseo marítimo, lucían ahora un aspecto distinguido y señorial, aunque en algunos casos, la majestuosidad desmedida, las dotaba de un aire palaciego que nada tenía que ver con su tamaño.

Las que realmente se sentían molestas eran las propietarias, pues sus esposos, algo más comprensivos achacaban dicho descuido a la prematura viudedad de su vecino Marcos.

Aún recordaban los primeros días en los que las distintas mudanzas acababan en la recién inaugurada cafetería de la esquina. En ella se iban conociendo las diferentes parejas con la ilusión propia de quien espera un futuro mejor.

Cada familia poseía su propia idiosincrasia, número de miembros, edades y particular situación económica, pero en aquella cafetería, al calor de las copas, no cabía sino la amistad, la buena conversación y el apoyo en los malos momentos.

La familia de Marcos se enmarcaba, como la mayoría, dentro de la clase media trabajadora; funcionario de profesión, ocupaba su mucho tiempo libre en buscar libros antiguos, adquirirlos y estudiarlos con mimo, para después colocarlos con cariño, y en correcto orden de senilidad, en las parcas estanterías de un sótano poco iluminado y escasa ventilación. En ellas se encontraba un incunable que solía acariciar cada vez que pasaba a cierta distancia.

La mayoría de dichos libros eran religiosos, tanto misales como algún que otro tratado sobre los distintos concilios, revelaciones de santos y dictados sobre la fe.

Su esposa Julia, ama de casa y administradora del hogar, procuraba mantener en perfecto estado de limpieza cada estancia, cada rincón de la casa y del jardín, que gozaba de una salud y belleza envidiable.

Ambos disfrutaban de las primeras palabras de su entrañable niñita que, con tan solo ocho meses, balbuceaba con cierta claridad.

La felicidad se palpaba en cada gesto, cada mañana y cada hora del día y la convivencia entre la vecindad era todo un ejemplo de armonía. Los niños crecían juntos y los

mayores hacían lo posible por conseguir un ambiente familiar y acogedor.

De puertas para dentro, cada cual resolvía sus pequeños problemas domésticos, pero tanto en la calle, como en el café Angelina, nadie parecía sufrir el más mínimo contratiempo.

El café Angelina, regentado por un matrimonio joven que, tras los permisos pertinentes, adecuaron la parte baja de la casa y algo del jardín para dicho negocio, gozaba de una clientela asidua y constante, que lo hacía económicamente rentable. Sencillo cómodo y siempre limpio, su gran cristalera lo dotaba de una luz que animaba a desayunar en un ambiente cálido que todos los vecinos aprovechaban. Las mesas, situadas frente a la cristalera, eran tan sencillas como el resto del mobiliario; tubos cuadrados de hierro pintados de negro. Aunque todo ello, por simple que fuese, quedaba bien camuflado entre torneos de dardos, partidas de dominó y niños correteando de un lado a otro.

La cercanía del embarazo de Angelina y de Julia, y el hecho de que ambas se conociesen con anterioridad, ayudó a forjar una fuerte amistad entre ambas familias. Su complicidad, producida por la juventud de ambas, no trataron de ocultarla en ningún momento, produciéndose encuentros familiares entre las dos parejas, que gustaban del buen comer y la mejor conversación. Ninguno de los cuatro pensó en la posibilidad de levantar envidias, pero lo cierto era que, para algunas mujeres recelosas, tanta confidencialidad les resultaba molesta.

Todas las mañanas, después de dejar a sus hijos en el colegio, una veintena de mujeres invadían el espacio silencioso de la cafetería recién abierta.

Cada una planificaba la mañana en voz alta, como quién busca cómplices para una labor común.

—Si vas al supermercado, te acompaño.

—Yo también voy.

—Pues, ya que vais, necesito suavizante, ¿si no es molestia!

El tintineo de las cucharas se mezclaba con el incipiente murmullo de las tazas, las risas y las inocentes bromas que promovían los cada vez más numerosos grupos que, por otra parte, amenazaban con romper la general convivencia.

Julia, a pesar de su juventud —o tal vez por ese motivo— nunca perteneció a ninguno de ellos. Se limitaba a observar, intentar ser cortés y como no, a reír la mayoría de las bromas, aunque en ocasiones le parecieran demasiado ofensivas.

Angelina y ella solían comentar lo mal que acabaría la cosa entre algunas de ellas, profetizando lo que ocurriría con cada componente de los distintos corrillos. Por esa razón, siempre se situaba a la izquierda de la barra, justo enfrente de la cafetera, donde su amiga pasaba la mayor parte del tiempo.

Ambas eran conscientes de que la armonía —que en un principio parecía inquebrantable— se iba diluyendo, día a día, en pequeñas disputas. Incluso la propia cafetería comenzaba a quedar dividida en territorios más o menos definidos que todas contribuían a enmarcar.

Del mismo modo, sus maridos —aunque menos asiduos a las reuniones matinales— aprovechaban las noches, sobre todo las del viernes y el sábado, para disfrutar de unas divertidas partidas de dardos, que combinaban con el dominó, como si necesitasen medir sus aptitudes para una u otra cosa.

Jugaban en parejas, al principio aleatorias, pero conforme pasaba el tiempo, nadie ponía en duda cual sería su compañero. También Marcos que, aunque tenía que esperar a que Ricardo no tuviese muchas copas que servir, no se sentía demasiado cómodo con cualquier otro que se presentase como voluntario para reemplazarlo. Ellos también marcaban sus territorios, sus mesas, sus turnos, sus copas y

hasta la posición que ocupaban sus esposas. Un caos ordenado, que nadie reparaba en admitir.

Pronto descubrieron que para evitar las hirientes bromas que cada grupo se lanzaba entre sí, era mucho más práctico no comentar abiertamente las pequeñas disputas matrimoniales ni los insignificantes altercados que se producían en la escuela por hechos de sus hijos, fuese quién fuese el culpable.

Tan solo las enfermedades cotidianas eran objeto de lamentaciones públicas. Siempre había alguien dispuesto a ayudar, recetando viejos remedios que resultaban eficaces en ocasiones, aunque solo fuese de forma psicosomática.

Con el tiempo todo parecía mejorar para aquellos vecinos que casi nunca mostraban sus miserias, ya fuesen domésticas o económicas.

Dos navidades en convivencia vecinal y todos creían conocerse a la perfección; todos creían adivinar el porqué de sus decorados salones, de sus parques belenes o sus majestuosas obras de modelismo. Cada familia vivía las fiestas como mejor sabía, pero siempre acababan bailando en la cafetería de Angelina, convertida en improvisada discoteca privada.

Aquella costumbre —que iba calando con aceptación— se convirtió en una cita ineludible. Todos colaboraban en la preparación de una fiesta que de ninguna manera pretendía esclavizar a los dueños del local, aunque en realidad así fuese. Los niños también acompañaban a sus padres a la esperada fiesta de nochevieja. Angelina acondicionaba una de las habitaciones de la planta baja para ir acostando a los pequeños según el cansancio los vencía; incluso su propio hijo Ricardo, exigía dormir con sus amigos esa noche tan especial.

La llegada paulatina de parejas también constituía todo un acontecimiento digno de presenciar. Nadie escatimaba en lucir el mejor aspecto posible, alabado o criticado —según se mirara—, durante las siguientes semanas del re-

cién entrado año. Julia era la más admirada por los varones, la más criticada por las mujeres, y su atractivo, reconocido por todos. Sus vestidos, sus peinados y su natural belleza, no dejaba a nadie indiferente y aunque su esposo Marcos lo sabía, jamás intentó coartar su capacidad creativa. Muchas pensaban que su protagonismo era tan intencionado como sus coquetos movimientos, que solo buscaban las miradas lascivas de los demás hombres, por lo que consiguió no pocas enemistades mal disimuladas. Otra cosa era Marcos; tan familiar, tan sencillo y tan discreto que era admirado por todas, como también lo era su hija la que, a sus dos años, despertaba todas las simpatías de la pequeña comunidad, que crecía en número, aunque no en lazos afectivos. Con el pelo castaño claro, lacio hasta las puntas, descubría unos ojos vivarachos cada vez que su pequeña mano apartaba el rebelde flequillo que obstaculizaba su visión. Al igual que el color de sus ojos, verde agua marina, la textura y coloración de su piel recordaba cómo debía de ser Julia veintiocho años atrás.

Aunque todos relacionaban su belleza con el parecido físico a la madre, no pocos atribuían la mirada despierta y el gesto complaciente a su padre Marcos, el que, con tan solo mirar, daba la bienvenida y ofrecía una amistad placentera.

Siempre que podía, Julia se acercaba a la cafetería; buscaba en el interior de la casa a su siempre atareada amiga Angelina y la invitaba a un café, mientras Ricardo, el hijo de esta —meses mayor que Lucía—, corría enérgico a jugar con la pequeña antes de que comenzasen las ruidosas trifulcas que interrumpían la cómplice conversación de las dos amigas, que hacían tanto de confidente como de confesor.

El marido de Angelina, Ricardo, tenía como todo el mundo sus defectos; pero sin duda su mayor virtud era la constancia en el trabajo, ocupando las mañanas de los días

laborales a ayudar en una pequeña carpintería de las muchas que había en la ciudad.

En alguna ocasión, Julia había confesado a su amiga lo guapo que le parecía el esposo de esta, pero claro —decía—, es tan simple como el mío y así no hay manera de que resulten atractivos. Ambas reían, dando pequeños sorbos a su café, sin dejar de mirarse a los ojos.

Ese café —que aventajaba en mucho, en cuanto a sabor, cremosidad y densidad, a los que cualquier cafetera doméstica pudiese aspirar—, resultaba ser el único placer diario del que ambas gozaban antes de que el local perdiese la intimidad, para albergar a las muchas clientas que, tras dejar a sus hijos en el colegio, buscaban un poco de esparcimiento.

Entonces comenzaban los saludos sinceros, pero faltos de contenido, que siempre acompañaban al sonido de la cafetera y los golpes enérgicos que Angelina daba con uno de los brazos de la maquina, para eliminar las granzas utilizadas con anterioridad. Justo en ese momento, Julia se despedía apresuradamente para buscar a los dos pequeños y llevarlos a la guardería.

Nada parecía cambiar en la vida de los monótonos usuarios de tanpreciado bien, pero el tiempo no pasa en balde; los niños crecían, aunque más en altura que en intelecto, las manías de los mayores se acrecentaban y algunas actitudes, antes pasadas por alto, ahora resultaban molestas.

El primer vecino en remodelar su casa no tardó mucho en decidirlo; un buen momento en su negocio, o las ganas de mostrarlo, serían suficiente excusa para querer diferenciarse de quienes seguían pagando la hipoteca y no podían sino seguir viviendo de forma austera.

El ruido especialmente desagradable de los tubos metálicos —que más tarde constituirían los andamios—, sacó a Julia de su sueño matinal. Aunque su esposo se levantaba mucho antes, siempre se las arreglaba para no despertar a

ningún miembro de su familia. Así, cuando el despertador, molesto por naturaleza, sonaba y vibraba sobre la mesilla de noche, Julia, de mala gana, buscaba con ahínco el interruptor y volvía al agradecido silencio que otorgaba la mañana.

Ese día, en el que los tubos metálicos rodaron por el suelo, salió al balcón entre enojada y desconcertada; aquel estruendo superó su capacidad de comprensión y salió decidida a protestar.

Las dos últimas semanas de la primavera, siempre calurosas, no ayudaron mucho a conciliar el sueño; la intermitencia de este diezmó el necesario descanso y el carácter siempre conciliador de Julia se agrió hasta el punto de desatar un airado discurso.

—¡Si tuvieseis un poco de cuidado, las personas normales tendríamos un despertar algo más agradable!

—¡Perdone señora, son las ocho y media y estamos trabajando! —gritó uno de ellos.

En ese momento se miró a sí misma, puso sus manos en las partes más pudorosas y retrocedió avergonzada. Había salido con una combinación poco recatada y notó cómo algunos ojos se clavaban en sus transparencias.

Lucía estaba allí, en la habitación de matrimonio, con los brazos colgando, sin peinar, con tan solo un fino camión a la altura de los muslos. Observaba a su madre estupefacta, casi sin pestañear; nunca había visto una reacción tan desmedida por parte de su progenitora, y esta, sin decir nada, ignorando su presencia, comenzó a embutirse en un pantalón vaquero haciendo gestos desaprobatorios, como si en ese momento se diese cuenta de su incipiente celulitis.

Julia seguía siendo atractiva, le gustaba parecerlo y hacía todo lo posible por mostrarse ante el espejo como la joven de veinte años que pretendía ser.

Cogió a Lucía por las axilas, se adentró en el dormitorio infantil, y tras colocarla sobre la cama, comenzó a rebus-

car en los cajones algo con lo que poder llevarla a la guardería. La niña seguía callada, casi paralizada, la prisa de su madre le era incomprensible; aún no se había puesto nada en la parte superior y sus pechos, perfectos, pugnaban por salirse del sujetador cada vez que se agachaba apresurada.

Esbozó una sonrisa cuando su madre, después de ponerle una faldita, cogió el babi de rayas rosas y blancas.

—Hoy no hay cole —dijo escuetamente.

Julia paró en seco, pateó el suelo una sola vez, mientras con un chasquido de la lengua daba por terminada toda una serie de actuaciones precipitadas; relajó los músculos de la cara al tiempo que miraba los preciosos ojos de su hija que, de pie y sobre la cama, quedaban a su altura. La abrazó con mimo, la besó en la mejilla y le acarició el pelo en un momento íntimo del que salieron de golpe por culpa de un estruendo metálico que la devolvió a su realidad doméstica.

—De todas maneras, iremos a ver a tu amigo Ricardito, ¿te apetece?

—¡Vale! Como quieras mami —contestó, para después cogerse a su cuello y darle un beso.

Las dos acicaladas, vestidas con gusto y dispuestas a pasar un buen día, bajaron las escaleras con soltura. La pequeña Lucía gustaba de encaramarse a la cadera de su madre para sentir el balanceo de estas mientras reía alocadamente.

Ya en el recibidor de la casa, un golpe hueco llamó la atención de ambas, las dos dirigieron sus miradas a la puerta que daba acceso al sótano, pero, por si acaso, Julia abrió la puerta del salón para mirar en su interior. El golpe fue lo suficientemente sonoro como para prever la caída de algún mueble grande, así que de un solo vistazo recorrió toda la estancia.

Sin soltar la delicada mano de su hijita, se cogió a la maneta de la puerta del sótano, la abrió con la misma deci-